



Un palacio para los reinos,  
pintura de los reinos



en el mundo hispánico  
Identidades compartidas

María del Consuelo Maquívar\*



**De nuevo tuvo lugar en el Palacio de Iturbide** una de las exposiciones más interesantes que se haya podido mostrar al público mexicano en el presente año. La idea surgió hace ya varios años en un equipo de historiadores del arte, entre los que se encontraba la siempre recordada y querida investigadora de la UNAM, tempranamente fallecida, Juana Gutiérrez Haces.

Después de diez años de acuciosas investigaciones sobre la historia de la pintura colonial iberoamericana y europea, que sirvieron de fundamento, el grupo de estudiosos llegó a conclusiones interesantes y por demás acertadas; prueba de ello son los libros de la exposición, bellamente editados, y la exposición misma que, después de exhibirse en el Palacio Real de Madrid y en el Museo del Prado, llegó a la capital de nuestro país. La muestra estuvo conformada por más de un centenar de obras procedentes de museos y colecciones privadas de varios países, como España, Ciudad del Vaticano, Italia, Argentina, Perú, Santo Domingo, Colombia, Ecuador y, desde luego, México.

Como bien se sabe, durante más de tres siglos la Corona española abarcaba gran parte del mundo conocido en su tiempo. Cabe recordar que Carlos I de España no sólo gobernó su propio territorio, sino que además tenía posesiones en Italia y en Flandes, y en América, los virreinos de la Nueva España y Perú. Poco tiempo después, su hijo Felipe II añadió a la Corona las Islas Filipinas, gracias al descubrimiento de la ruta del “tornaviaje” entre los puertos de Acapulco y Manila, hecho que le dio a España la posibilidad de establecer el intercambio comercial más largo en el espacio y en el tiempo —se prolongó por más de 200 años— a partir del cual las ricas mercaderías asiáticas, como las famosas especias, las bellas esculturas de marfil, las ricas sedas y las vajillas de porcelana, fueron amplia-

mente cotizadas por la sociedad iberoamericana. Finalmente, en el siglo XVIII, los Borbones consolidan sus posesiones en Sudamérica y fundan los virreinos de Nueva Granada y Río de la Plata. Por algo desde el siglo XVI Carlos V ya había dicho: “En mis dominios no se oculta nunca el sol”.

Bajo esta perspectiva histórica se estructuró el guión museográfico de la exposición intitulada *Pintura de los reinos. Identidades compartidas en el mundo hispánico*, sugestivo nombre que deja ver claramente cuáles fueron los objetivos que se plantearon. Las obras seleccionadas fueron agrupadas en tres núcleos temáticos: en el primero de ellos, llamado “Formación de un lenguaje visual común”, se mostraron obras de algunos de los artistas europeos que sirvieron de fundamento a la pintura española y que procedían de Flandes –la actual Bélgica– y Holanda, así como de algunas provincias italianas, como Génova, Milán y Florencia, gracias a que Felipe II los contrató para hacer de El Escorial uno de los sitios más espectaculares de su tiempo. Por otro lado, debido a estos contactos políticos, varios artistas viajaron a Italia y tuvieron oportunidad de conocer las obras de afamados pintores renacentistas como Miguel Ángel, en tanto que otros más se formaron en los talleres de algunos de ellos.

Del florentino Bartolomeo Carducco (1560-1608), quien llegó a Madrid para participar en la ornamentación de la biblioteca de El Escorial, se exhibió la pintura “El Descendimiento”, que en su tiempo mereció adjetivos elogiosos de los propios pintores hispanos, algunos de los cuales la compararon con las pinturas del mismo Rafael. Se exhibió también la pintura intitulada “San Francisco recibiendo del ángel los siete privilegios”, obra de José de Ribera, apodado “El Españolito”, por haberse formado en Italia –murió en Nápoles en 1652– y en cuyos lienzos claroscuroscistas se aprecia la influencia de Caravaggio.

También en esta primera sección se apreció una pintura de gran formato con el tema y título de la “Purísima Concepción”, del español Francisco Rizzi. Los historiadores españoles opinan que con él se inició la pintura barroca en la Península; es innegable el impacto de Rubens en esta pintura, que se nota especialmente en el colorido y el gran movimiento expresado en el cuerpo de la Virgen María y los escorzos de la multitud de angelitos que la rodean, los cuales aparentan volar alrededor de su imagen.

No podían faltar en esta muestra las pinturas de Francisco de Zurbarán, pintor barroco del siglo XVII que, aunque nunca llegó a la Nueva España, sí llegaron algunas de sus pinturas, y sus modelos influyeron mucho en algunos pintores, por lo que tuvo importantes seguidores.

En el segundo núcleo de la exposición se planteó el interesante tema de los “Hombres, modelos y obras de arte en tránsito”, que para la historia del arte colonial mexicano es por demás importante. Empezando por los artistas que tran-

sitaron del “viejo” al “nuevo” mundo, tuvimos oportunidad de apreciar juntas las obras de los italianos Bernardo Bitti y Angelino Medoro, así como del español Leonardo Jaramillo, que trabajaron en Perú. Junto con estos trabajos, se exhibieron las obras de algunos de los maestros españoles que fundaron los primeros talleres novohispanos, tal es el caso de Andrés de la Concha y Pedro García Ferrer, así como del flamenco Simón Pereyans, cuyas pinturas aún pueden admirarse en retablos de Puebla y Oaxaca.

En cuanto a los modelos utilizados por los artistas, se pudieron observar algunos de los grabados que les sirvieron de inspiración, ya que esa era la manera cómo se debía trabajar el “buen arte de la pintura”, tal como lo afirmaba Francisco Pacheco en su tratado y cuyas recomendaciones fueron tomadas muy en cuenta por varios de los pintores de la Nueva España; por cierto, de este pintor y tratadista del siglo XVII, suegro de Diego Velázquez, también se pudo admirar una de sus Inmaculadas.

La circulación y el empleo de los grabados europeos en la producción de obras de arte en la América colonial es uno de los temas de estudio más atractivos para los que nos dedicamos a esta disciplina. Se sabe que todo el que se consideraba “buen pintor” tenía un amplio portafolio de los grabados que estaban de moda; este hecho también provocó que muchos de los artistas de renombre, como Pedro Pablo Rubens y Martín de Vos, tuvieran a su servicio talleres de grabado que reproducían sus obras, de ahí que pueden encontrarse lienzos con composiciones semejantes tanto en América como en Europa. En esta exposición esto pudo constatarse, pues se mostraron algunos grabados que copiaron los pintores en algunas de sus telas, como el caso de la “Asunción de la Virgen” de Cristóbal de Villalpando, del Museo Regional de Guadalajara, que está inspirada totalmente en el grabado de Schelte Adams Bolswert a partir de una bella composición de Rubens.

En el último módulo de la exposición se contemplaron obras que pretendían enseñar al público las “Identidades compartidas y las variedades locales”; es decir, en este apartado se vio que, a pesar de que en los virreinos se había vivido una historia común con referencia al dominio de la Corona española y los maestros europeos que formaron a los artistas de cada región, en cada virreinato surgieron pintores que supieron imprimir en cada una de sus obras características propias, especialmente a partir del periodo barroco, de manera que se puede apreciar el espíritu creador de cada uno.

Aquí se pudieron contemplar las semejanzas, pero también las diferencias, que hicieron de cada obra una auténtica respuesta de cómo los modelos europeos fueron asimilados y en ocasiones “transformados” en originales producciones en las que se distingue la identidad particular de cada localidad.

Muy interesantes y atinadas fueron las secciones en las que se agruparon algunas obras por su temática, como “Las

Crucifixiones”, “La Purísima Concepción”, “Los Ángeles”, “La Transverberación de Santa Teresa” y “La Adoración de los Reyes”, pues de esa forma el espectador pudo contemplar las semejanzas y las diferencias entre las obras, que aunque seguían una misma composición, lograban distinguirse algunas diferencias entre ellas. Los lienzos que abordan los “Desposorios de María y José” son claro ejemplo de cómo, a pesar de que los tres pintores (un español, un cuzqueño y un novohispano) debieron basarse en un mismo modelo, se observa muy bien cómo cada artista imprimió en su obra su particular manera de interpretarla, tal es el caso de los atuendos de los personajes sagrados y de los ángeles peculiares de los trabajos peruanos.

Una de las secciones más significativas fue la que mostró las devociones marianas de algunas regiones. Las pinturas se hicieron a partir de esculturas,

de ahí que se les haya calificado como “trampantojos a lo divino”; es decir, son imágenes que inspiradas en un bulto redondo de tres dimensiones –así lo indican las peanas sobre las que descansan las esculturas que representaron– se trasladaron a un lienzo, lo cual nos permite deducir la trascendencia que debió tener el culto en cada región. Ejemplo de lo anterior es, entre otras, “La Virgen de los Desamparados”, cuyo culto principal se dio en Valencia, España; en ella se destacan el sinnúmero de joyas y dijes que cuelgan de cadenas de oro en todo el cuerpo de la Virgen, copiada fielmente por el pintor español Tomás Yepes (ca.1610-1674). Con el mismo tema se exhibió el lienzo peruano del siglo xvii de Basilio Santa Cruz Pumacallao, que si bien copia el original en lo general, dista mucho del modelo peninsular, aunque se distingue el tratamiento típico de la decoración de las obras de este virreinato a base de motivos ornamentales dorados.

El lienzo anónimo limeño de “La Virgen de Loreto” es uno de los ejemplos que nos deja ver cómo, a pesar de que este culto fue introducido por los jesuitas a la Nueva España, en las obras mexicanas el tratamiento que se dio a esta imagen fue muy diferente, especialmente en cuanto al rostro moreno de la Virgen, que en las pinturas lauretanas de México casi no se dio. Del pintor novohispano Juan Correa se exhibió “Nuestra Señora de los Zacatecas”, bella obra que custodia el Museo de Guadalupe de aquel estado, en la que hay que apreciar la maestría del artista al tratar esta particular devoción mariana; sobre este lienzo hay que mencionar la bella figura de la niña donante, ricamente vestida y adornada con collares de perlas.

Además de las pinturas de temática religiosa, también en la exposición pudieron admirarse algunos asuntos que aluden a la historia del dominio español sobre tierras americanas; así, se exhibió el retrato idealizado de “Moctezuma II”,





que custodia uno de los museos Pitti de Florencia y que se dice que para ejecutarlo, el pintor novohispano debió inspirarse en las narraciones de los cronistas; se piensa que este lienzo se hizo para enviarlo a los Medici de Florencia y que así conocieran a los antiguos gobernantes de los pueblos conquistados. Igual objetivo se debió perseguir cuando se encargaron a los pintores los biombos que narran escenas históricas, notables en todos sus detalles y con un sinnúmero de personajes; estos son los dos magníficos muebles mexicanos que narran la toma de Tenochtitlan.

En cuanto a los primeros tiempos de la evangelización, se exhibió uno de los interesantes lienzos que, como verdadero documento, da testimonio del bautizo de los Señores de Tlaxcala, presidido por Hernán Cortés y la Malinche. De igual forma, en una singular pintura histórico-alegórica peruana del siglo XVIII, se plasmó la alianza matrimonial de los Loyola y los Borja, con descendientes de la

familia imperial de los incas; curiosa manera de dejar constancia del triunfo de la Iglesia en tierras cristianizadas y educadas por miembros de la Compañía de Jesús.

Las imágenes de “Felipe II y Mariana de Austria”, así como el sin igual lienzo de Miguel Cabrera sobre “La Décima Musa” mexicana, dejan ver algunos de los personajes que merecieron ser retratados para perpetuar su memoria.

La muestra permitió que el visitante pudiera apreciar las diversas técnicas pictóricas que utilizaron los artistas a lo largo de los tres siglos, tanto en Europa como en los virreinos: la pintura sobre tabla y la más común, las telas con pinturas al óleo. También se pudieron contemplar las miniaturas de los Lagarto y algunas láminas de cobre, como las que pintó Cristóbal de Villalpando para la Catedral de Puebla, en las que el artista interpretó temas del Antiguo Testamento.

Ante la imposibilidad de hacer comentarios más extensos sobre esta exposición, me interesa hacer hincapié sólo en dos cuestiones: la cuidadosa museografía permitió que las obras lucieran y se observaran en todos sus detalles, bien por los colores de las mamparas, bien por la acertada colocación de las luces. Los diversos tipos de cedulario le brindaron al visitante información suficiente y acertada sobre las obras y los autores y, particularmente, sobre los temas que se abordaron en cada módulo. En pocas palabras, esta exposición demostró una vez más que, cuando detrás de ella hay meses de investigación seria y acuciosa, se logra estructurar un guión museográfico adecuado, en el que las obras elegidas —en este caso las pinturas y los grabados— se corresponden y se relacionan estrechamente con el mensaje que en cada sección se pretende dar ❖

\* Dirección de Estudios Históricos, INAH



